

edad. Y ese consentimiento me niego terminantemente a darlo.

LADY BRACKNELL.—¿Y por qué causa, si puede saberse? Archibaldo es un partido extremadamente aceptable. No tiene nada, pero aparenta mucho. ¿Qué más puede desearse?

GRESFORD.—Siento mucho tener que hablarle a usted francamente de su sobrino, lady Bracknell; pero el caso es que no me agrada lo más mínimo su manera de ser. Tengo sospechas muy fundadas de que es un impostor. (ARCHIBALDO y CECILIA le miran con indignación y asombro.)

LADY BRACKNELL.—¿Impostor? ¿Mi sobrino Archibaldo? ¿Imposible! ¿Si es un alumno de Oxford!

GRESFORD.—Temo que no haya lugar a dudas respecto a ello. Esta tarde, aprovechando mi estancia temporal en Londres, donde me reclamaba un importante asunto sentimental, logró introducirse en esta casa fingiendo ser mi hermano. Usando un nombre supuesto, se bebió como acaba de comunicarme mi mayordomo, una botella de mi "Chateau-Laffite", del 89; un vino que yo reservaba especialmente para mí. Luego, por si fuera poco, consiguió en su raid de esta tarde enajenarme el afecto de mi única pupila. Y no contento con esto, se quedó a tomar el té, y devoró todos los pastelillos de crema. Y lo que hace su conducta más odiosa es que él sabía perfectamente, desde un comienzo, que yo no tengo ningún hermano, ni lo he tenido nunca, ni pienso tenerlo. Ayer mismo, por la tarde, tuve el gusto de declarárselo así.

LADY BRACKNELL.—¿Jem!... Bueno, mister Gresford; pensándolo bien, he decidido no tomar en cuenta la conducta de mi sobrino con usted.

GRESFORD.—Es usted muy generosa, lady Bracknell; pero mi decisión también es irrevocable. Me niego a dar el consentimiento.

LADY BRACKNELL.—(A CECILIA.) Venga usted aquí, hija mía. (CECILIA se aproxima.) ¿Qué edad tiene usted?

CECILIA.—En realidad, tengo dieciocho años; pero cuando voy a alguna reunión declaro veinte.

LADY BRACKNELL.—Hace usted muy bien en hacer esa pequeña alteración. Por otra parte, una mujer no debe decir nunca exactamente su edad. Eso da siempre un aire de mujer calculadora... (Como reflexionando para sí.) Dieciocho..., pero declarando veinte en las reuniones... Bueno; no falta mucho para que llegue a la mayor edad y se vea libre de las trabas de la tutela. De manera que, al fin y al cabo, el consentimiento de su tutor no es de importancia capital.

GRESFORD.—Usted me dispensará, lady Bracknell, si la interrumpo otra vez; pero me creo en la obligación de prevenirle que, con arreglo al testamento de su abuelo, miss Morris no será mayor de edad, legalmente, hasta los treinta y cinco.

LADY BRACKNELL.—Tampoco me parece una grave objeción. Treinta y cinco años es una edad muy atractiva. La buena sociedad londinense está llena de señoras distinguidísimas que, por su propia voluntad, se han quedado en los treinta y cinco. Lady Lumbleton, por ejemplo, que yo sepa, tiene treinta y cinco desde que llegó a los cuarenta, hace ya bastantes años. No veo razón alguna para que Cecilia no esté todavía más atractiva que ahora, si cabe, a la edad que usted dice. Y las rentas, mientras tanto, habrán ido capitalizándose.

CECILIA.—Archibaldo, ¿podría usted esperarme hasta que cumpliera los treinta y cinco?

ARCHIBALDO.—¡Claro que sí, Cecilia! Bien lo sabe usted.

CECILIA.—Sí, lo presentía. Pero a mí no me sería posible esperar tanto tiempo. Me molesta muchísimo

esperar, aunque sólo sea cinco minutos. No sabe usted del humor que me pongo; no es que yo sea muy puntual; pero me gusta la puntualidad en los demás. Con que, tratándose de casamiento, figúrese usted.

ARCHIBALDO.—¿Qué hacemos entonces, Cecilia?

CECILIA.—No sé. Usted verá, míster Moncrieff.

LADY BRACKNELL.—Mi querido míster Gresford: como miss Morris declara que no le sería posible esperar hasta los treinta y cinco años, declaración que, entre paréntesis, diré que me parece mostrar un carácter bastante impaciente, le ruego a usted que vuelva sobre su decisión y la revoque.

GRESFORD.—Mi querida lady Bracknell: de usted depende todo. En el momento en que usted consienta en mi boda con Susana, yo tendré mucho gusto en que su sobrino contraiga alianza con mi pupila.

LADY BRACKNELL.—(Levantándose y disponiéndose a partir.) Ya comprenderá usted que su proposición es completamente inadmisibile.

GRESFORD.—¿Entonces, un celibato apasionado es a lo más que podemos aspirar los cuatro!

LADY BRACKNELL.—No es ése el destino que yo espero para Susana. En cuanto a Archibaldo, allá él. Que haga lo que mejor le parezca. (Saca el reloj.) Vamos, querida. Ya hemos perdido lo menos cinco trenes.

(Entra el reverendo ASCOT.)

ASCOT.—Todo está ya dispuesto para los bautizos.

LADY BRACKNELL.—¿Para los bautizos? ¿No será algo prematuro?

ASCOT.—Estos caballeros han expresado su deseo de ser bautizados inmediatamente.

LADY BRACKNELL.—¿A su edad? La ocurrencia no puede ser más grotesca ni más impía. ¡Archibaldo, te prohibo terminantemente que te bautices! ¡Que no

vuelva yo a oír hablar de semejantes excesos! Lord Bracknell tendría un disgusto si llegase a enterarse de cómo pierdes el tiempo y el dinero.

ASCOT.—¿Eso quiere decir que no hay bautizos esta tarde?

GRESFORD.—No creo que, tal como están las cosas, nos sirvan de mucho, mi reverendo.

ASCOT.—Me sorprende oírle decir a usted eso, míster Gresford. ¿Irá usted a caer ahora en el error de los anabaptistas? ¡Tenga usted mucho cuidado con esos heréticos! Si usted quiere, le prestaré cuatro de mis sermones inéditos en que refuto sus doctrinas y las reduzco a la nada. Por lo pronto, y en vista de que el espíritu de ustedes parece poco atento a la salud del alma, me volveré a la iglesia. Precisamente acaba de decirme un acólito que hace hora y media que está aguardándome miss Prism en la sacristía.

LADY BRACKNELL.—¿Miss Prism? ¿Ha dicho usted miss Prism?

ASCOT.—Sí, señora. En su busca voy.

LADY BRACKNELL.—Permítame usted que le detenga un instante. Se trata de una cuestión que puede ser de la mayor importancia para mí y para lord Bracknell. Esa miss Prism, ¿no es una mujer de aspecto repelente, vagamente relacionada con la enseñanza?

ASCOT.—(Con indignación contenida.) Miss Prism es una dama cultísima y la imagen misma de la respetabilidad.

LADY BRACKNELL.—¡Sí, sí, la misma, no me cabe duda! ¿Y podría usted decirme qué... situación ocupa en casa de usted?

ASCOT.—(Severamente.) ¡Señora, soy soltero!

GRESFORD.—(Interviniendo.) Miss Prism, lady Bracknell, es, desde hace tres años, la institutriz y compañera de miss Morris.

LADY BRACKNELL.—Bueno; a pesar de todo, es preciso que yo la vea. Enviela usted a buscar en seguida.

ASCOT.—(Mirando por la ventana.) Justamente, aquí viene.

(Entra MISS PRISM apresuradamente.)

MISS PRISM.—Me dijeron que me esperaba usted en la sacristía, mi querido reverendo, y allí he estado aguardándole una hora y tres cuartos. (En este momento echa de ver a LADY BRACKNELL, que clava en ella una mirada fría como el mármol. MISS PRISM palidece y está a punto de desmayarse. Mira en torno suyo anhelosamente, como buscando salida.)

LADY BRACKNELL.—(Con voz severa y judicial.) ¡Prism! (MISS PRISM baja la cabeza anonadada.) ¡Venga usted aquí, Prism! (MISS PRISM se acerca humildemente.) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (Consternación general. El reverendo ASCOT da un paso atrás, estremecido de horror. ARCHIBALDO y GRESFORD aparentan querer impedir que CECILIA y SUSANA oigan los detalles de algún terrible y escandaloso suceso.) Hace veintiocho años, Prism, que salió usted de casa de lord Bracknell, calle Grosvenor, número 104, al cuidado de un cochecito de mano que contenía un niño. ¡Salió usted, y no volvió a aparecer! Pocas semanas más tarde, después de muchas indagaciones y pesquisas de la policía, se descubrió el cochecito abandonado en un rincón desierto de los alrededores, y conteniendo el manuscrito de una novela en tres tomos, de un sentimentalismo más que repugnante. (MISS PRISM se estremece con una voluntaria indignación.) Pero del niño, ¿ni rastro! (Todos fijan la vista en MISS PRISM.) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (Pausa.)

MISS PRISM.—¡Lady Bracknell, tengo que confesar que no lo sé! ¡Ojalá lo supiera! He aquí los hechos, tal como ocurrieron: la mañana del día que

usted dice, día aciago, inscrito con letras de fuego en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar al niño en su cochecito. Llevaba también conmigo un maletín un poco usado, pero bastante capaz y todavía en buen estado, en el que pensaba guardar el manuscrito de una obra literaria del género novelesco, que había escrito en mis escasas horas de ocio. Pues bien; en un momento de distracción mental, que nunca podré perdonarme, puse el manuscrito en el coche y guardé al niño en el maletín.

GRESFORD.—(Que la ha escuchado con mucha atención.) Pero ¿dónde dejó usted la maleta?

MISS PRISM.—¡Ay, no me lo pregunte usted, mister Gresford!

GRESFORD.—Miss Prism, se trata de una cuestión de suma importancia para mí. Insisto en saber dónde dejó usted la maleta que contenía al niño.

MISS PRISM.—La dejé en el guardarropa de una de las estaciones en Londres.

GRESFORD.—¿Qué estación? ¡Pronto!

MISS PRISM.—(Aniquilada.) En la estación Victoria, línea de Brighton. (Cae desplomada en una silla.)

GRESFORD.—Ustedes me permitirán que me ausente un momento. Tengo que subir a mi cuarto. Espéreme usted aquí, Susana.

SUSANA.—Si no tarda usted mucho, le esperaré aquí toda la vida.

(Sale GRESFORD muy agitado.)

ASCOT.—¿Qué piensa usted de todo esto, lady Bracknell?

LADY BRACKNELL.—No me atrevo a sospecharlo, mi reverendo. Creo inútil decir a usted que en las grandes familias no se admite la posibilidad de coincidencias extrañas. (Se oyen ruidos encima, como de

baúles removidos violentamente. Todos miran hacia el techo.)

CECILIA.— ¡Qué agitado parece el tío Juan!

ASCOT.— Su tutor tiene un temperamento muy impresionable.

LADY BRACKNELL.— ¡Qué ruido tan desagradable! ¡Si irá a encontrar algún argumento! ¡Detesto todos los argumentos! Son siempre vulgares, y a menudo convincentes.

ASCOT.— (Mirando hacia arriba.) Ya ha cesado. (Renúevase, más fuerte, el ruido.)

LADY BRACKNELL.— Si es que ha de llegar a alguna conclusión, cuanto antes mejor.

SUSANA.— ¡Esta incertidumbre es espantosa! ¡Espero que se prolongará!

(Entra GRESFORD con un maletín de cuero negro en la mano.)

GRESFORD.— (Precipitándose hacia MISS PRISM.) ¿Es éste el maletín, miss Prism? Examínelo usted cuidadosamente antes de hablar. La felicidad de más de una vida depende de su respuesta.

MISS PRISM.— (Sosegadamente.) Sí, parece el mío. Sí, aquí está el arañazo que sufrió en uno de mis viajes. Y aquí la quemadura que le produjo la explosión de un termo. Y aquí, en la cerradura, mis iniciales. Sí, no cabe duda que es mi maletín. Y me alegro mucho de recuperarlo de un modo tan inesperado. Lo he echado de menos todos estos años.

GRESFORD.— (En tono patético.) ¡Miss Prism, algo más que el maletín recupera usted! ¡Yo soy el niño que guardó usted dentro!

MISS PRISM.— (Estupefacta.) ¿Usted?

GRESFORD.— (Abrazándola.) ¡Sí..., madre!

MISS PRISM.— (Retrocediendo indignada y sorprendida.) ¡Mister Gresford, soy soltera!

GRESFORD.— ¿Soltera?... Sí; es un golpe un poco rudo, lo confieso. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a tirar la piedra al que ha sufrido? ¿No puede acaso el arrepentimiento rescatar un momento de locura? ¿Por qué va a haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? ¡Madre, yo la perdono a usted! (Trata de abrazarla de nuevo.)

MISS PRISM.— (Todavía más indignada.) ¡Mister Gresford, padece usted un error! (Señalando a LADY BRACKNELL.) Esta señora podrá decirle quién es usted realmente.

GRESFORD.— (Después de una pequeña pausa.) Lady Bracknell, no quisiera parecer curioso; pero ¿querría usted tener la amabilidad de decirme quién soy?

LADY BRACKNELL.— No creo que la noticia que voy a darle sea completamente de su agrado. Usted es el hijo de mi pobre hermana Carolina, casada con mister Moncrieff y, por tanto, el hermano mayor de Archibaldo.

GRESFORD.— ¿El hermano mayor de Archibaldo? Entonces resulta que, después de todo, es verdad que tengo un hermano. ¡Ya sabía yo que tenía un hermano! ¡Siempre lo dije! ¿Cómo pudiste tú nunca dudar, Cecilia, de que tuviera un hermano? (Cogiendo de la mano a ARCHIBALDO.) Reverendo Ascot, miss Prism, Susana, aquí tienen ustedes a mi desdichado hermano. (A ARCHIBALDO.) ¡Y tú, bandido, a ver si me respetas más en lo sucesivo! ¡Nunca te has portado conmigo como un hermano!

ARCHIBALDO.— Es verdad, lo confieso. ¡Qué quieres! Yo lo hacía lo mejor que podía; pero me faltaba práctica. (Le da un abrazo.)

SUSANA.— (A GRESFORD.) ¡Amor mío! Pero ¿cómo se llama usted? ¿Cuál es su nombre de pila, ahora que no es usted quien era?

GRESFORD.— ¡Es verdad!... Lo había olvidado. La

decisión de usted respecto a mi nombre, ¿continúa siendo irrevocable?

SUSANA.—Yo no cambio nunca, como no sea en mis afectos.

CECILIA.—¿Qué naturaleza tan noble la de usted, Susana!

GRESFORD.—Entonces, hay que poner en claro la cuestión inmediatamente. Un instante, tía Augusta. ¿Recuerda usted el nombre que me pusieron? Diga usted la verdad, sin compasión; estoy dispuesto a todo.

LADY BRACKNELL.—Siendo, como era usted, el primer hijo, es de suponer que le pusieran el nombre del padre.

GRESFORD.—(Impaciente.) Si; pero ¿cuál era el nombre de mi padre?

LADY BRACKNELL.—(Reflexionando.) En este momento, por más que hago, no puedo acordarme de cómo se llamaba el general. Pero no cabe duda que se llamaba de algún modo. Aunque era bastante excéntrico. Si; pero esto fue sólo en los últimos años, a consecuencia, según parece, del clima de la India, del matrimonio, del estómago y de otras causas por el estilo.

GRESFORD.—Archi, ¿recordarías tú cómo se llamaba nuestro padre?

ARCHIBALDO.—Hijo, no nos dirigimos nunca la palabra. Se murió antes de cumplir yo un año.

GRESFORD.—(Después de reflexionar un momento.) ¡Ah, se me ocurre una idea! Consultar un anuario militar de la época. ¿No le parece a usted, tía Augusta?

LADY BRACKNELL.—El general era un hombre esencialmente de paz, excepto en su vida doméstica; pero sí, seguramente se encontrará su nombre en algún anuario militar.

GRESFORD.—Ahí están los de los últimos cuarenta años. ¡Ah, esos interesantes registros deberían de

haber sido mi lectura continua! (Se precipita hacia la estantería y saca de ella febrilmente unos cuantos volúmenes. Hojeando uno de ellos.) M... General... Mallam, Maxbohm, Magley... ¡Qué nombrecitos!... Markby, Migsby, Mobbs, ¡Moncrieff! Teniente en 1840, capitán, teniente coronel, coronel, general en 1869; nombre de pila: ¡Ernesto Juan! (Vuelve a poner el libro en su sitio y habla muy reposadamente.) ¿No le dije yo a usted que me llamaba Ernesto, Susana? ¡Pues Ernesto me llamo! Ya lo ven ustedes.

LADY BRACKNELL.—Si, ahora recuerdo que el general se llamaba Ernesto. Ya sabía yo que por algo me gustaba ese nombre.

SUSANA.—¡Ernesto! ¡Mi Ernesto! ¡Desde el primer momento comprendí que no podía llamarse de otro modo!

GRESFORD.—¡Ay, Susana, es terrible para un hombre ver de pronto que se ha pasado toda la vida no diciendo más que la pura verdad! ¿Me perdonas?

SUSANA.—Te perdono, porque sé que te corregirás.

GRESFORD.—¡Amor mío!

ASCOT.—(A MISS PRISM.) ¡Leticia! (La abraza.)

MISS PRISM.—(Con entusiasmo.) ¡Federico! ¡Al fin!

ARCHIBALDO.—¡Cecilia! (La abraza.) ¡Al fin!

GRESFORD.—¡Susana! (La abraza.) ¡Al fin!

LADY BRACKNELL.—Sobrino, me parece que empiezas a dar muestra de poca formalidad.

GRESFORD.—Al contrario, tía Augusta; por primera vez en mi vida he comprendido la importancia de ser formal... y de llamarse Ernesto.